# LA MUJER DEL

1

233760



BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

10 CTS.

1

233760

47/1505265

# LA CITA

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

## I

Anacleto Pez era un dramaturgo que se había hecho aplaudir sobre todos los escenarios de España, y para quien la Fortuna, amiga de los vencedores, tuvo abundantes cosechas de sonrisas.

Anacleto Pez era joven, buen mozo, rico; un nimbo glorioso orlaba su figura simpática; su esposa, aunque celosa, se abstenía de darle muchos disgustos; las mujeres, (esas mujeres aristocráticas que se aburren y parecen levantarse todas las mañanas pensando: «A qué artista sonreiré esta noche. .»), le escribían con bastante frecuencia dándole citas misteriosas a las cuales no se dió caso de que Anacleto faltase

R. 322498

nunca. Total; que Anacleto Pez estaba hecho un verdadero pez, una trucha capáz de meter la discordia amorosa y juguetona aunque fuese en el corazón de una hembra fría como el marmol.

En cuanto a su esposa la bellísima Asunción, una de las mozas más garridas del barrio, andaba preparándole siempre una emboscada que, poniéndole en ridículo, le quitase las ganas de volver a echárselas de cadete.

Una noche estaba el matrimonio Pez acabando de cenar, cuando la criada se presentó trayendo una carta.

—¿Espera contestación?—preguntó Anacleto ruborizándose ligeramente porque su seguro instinto acaba de decirle que se trataba de un lío.

—Sí, señor.

Pez rasgó el sobre con aire indiferente, y leyó lo que sigue:

«Una casualidad me ha permitido saber quién era aquel hombre, arrogante entre los más gallardos, que tantas veces vi pasar bajo mis balcones.

»Ahora que conozco su nombre, su nombre glorioso, el interés que su figura me inspiraba ha crecido, y deseo verle a usted para oirle hablar y descubrirle los secretos todos de mi corazón; para ser, en fin, de usted, lo que usted quiera...

»¿Dónde podemes citarnos?



»¿Cuándo?

»¿Cómo?...»

Y firmaba: «Yo».

Mientras Pez leía, figiendo indiferencia, este billete exquisito, Asunción le observaba disimuladamente desde detrás de un periódico. Después Anacleto mandó a la sirviente que le trajese un sobre, cogió un lápiz y al dorso de una tarjeta escribió con laconismo lleno de interés:

«Señora: La aguardo a usted esta misma noche en la calle de..... esquina a la plaza de..... B. S. P.»

Enseguida continuó comiendo lentamente, casi con cara de disgusto, como si la noticia que acababa de recibir le hubiese molestado. Asunción preguntó:

—¿Quién te escribe?

—Un amigo.

—¿Le conozco yo?

—No... creo que no. Es Pérez; figúrate tú: ¡Pérez!...

—¿Qué te dice?

—Me ruega vaya esta noche a oir la lectura de un drama suyo.

—¡Qué ocurrencia!

—¿Verdad? Hay para morirse. Un drama a estas alturas, ¡un drama en cuatro actos!...

Anacleto Pez hizo un gesto de fastidio tranquilo, como resignándose y doblegán-

dose ante aquellas aburridas imposiciones de la suerte.

Asunción exclamó:

—Pues, si tanto te molesta, no vayas.

—¡Oh, eso no! Ya no tengo más remedio que ir; se lo he dicho; me esperan.

Un momento después D. Anacleto, envuelto el cuerpo en el blando abrazo de un abrigo de pieles, y la loca cabeza metida bajo un reluciente sombrero de copa, se dirigió al lugar de la cita. Llegó quince minutos antes de la hora fijada; pero aquel cuarto de hora pasó y treinta minutos más pasaron también. y se convenció de que su actividad en acudir y su paciencia en aguardar habían sido inútiles, porque la desconocida no fué...

Pez regresó a su casa muy triste, muy alicaído, pensando:

—¿Qué será?

Al día siguiente el correo del interior, ese simpático correo que ha hecho palpitar todos los corazones enamorados, le llevó una carta de su adoradora, en la cual ésta, despues de disculpar su informalidad, le proponía una de las extravagancias más inauditas que jamás soñaron cabezas destornilladas.

Decía así;

»Un asunto imprevisto me impidió acudir a la cita. Perdóneme usted.

»El laconismo de su tarjeta me ha hecho



suponer que es usted muy impaciente; ¡mejor! Los temperamentos apasionados me encantan.

»También me han dicho, (y eso, además lo revelan sus obras), que es usted un hombre *raro*.

»¡Cuánto lo celebro! Yo, también soy un ser extravagante que se pirra por lo que escandalizaría a todo el mundo.

»¿Quiere usted que nos conozcamos ramente?

»Cíteme usted de noche, en una habitación a obscuras. Allí hablaremos y, del sesgo de nuestra conversación dependerá que usted dé luz y yo me quede, o que no dé luz y yo me vaya.

»Si usted me promete, por su fe de caballero, cumplir todos mis deseos, y no procurar por la fuerza o con audacia descortés, más de lo que yo expontáneamente quiera otorgarle. indíqueme hora y sitio. Escríbame: Lista de Correos, cédula número.....»

Esta misiva, como supondrá el lector discreto, enloqueció y puso fuera de sí a D. Anacleto, tan extremadas fueron su sorpresa y su alegría. Así fué que inmediamente se «arrancó» (como diría cualquier amigo revistero de toros), con una carta *explosiva* donde, tras varios párrafos grandilocuentes, más cachondos que un catre, citaba a la desconocida, para las once de la

noche del día siguiente, en una casa de huéspedes que él conocía de antiguo, cuya dueña dedicaba a D. Anacleto afecto maternal.

Pez echó su carta al correo, y en cuanto la echó comenzó a sentir esa fiebre devoradora de las grandes inquietudes, ese sobresalto que quita el apetito y ahuyenta el sueño de nuestros párpados y nos constriñe a movilidad incesante.

Hacía quince o veinte minutos que Pez esperaba a su conquista en el saloncillo de la casa donde el *rendez-vous* debía verificarse, cuando la buena señora... que estaba al tanto de lo que ocurría, vino a decirle, con gran sigilo y misterio, que una señora preguntaba por él. Aunque prendado de lo imprevisto, Pez no pudo resistir a la tentación de conocer algunos detalles de la mujer que, según todas las circunstancias parecían indicar, estrecharía entre sus brazos pasados algunos momentos de ameno *flirteo*.

—¿Es joven?—preguntó.

—Sí, señor.

—¿Treinta años?

—Quizá no los tenga.

—¡Pistonudamente! ¿Y los ojos, como son?

—Negros y grandes Lo demás de la cara no he podido verlo porque se tapa mucho con la mantilla.



—No importa; los ojos son lo principal. Oye, ¿y de lo demás?

—Muy requetebien.

—¿Alta?

—Sí.

—¿Gruesa?

—También.

—¿Cintura?

—Muy estrecha.

—¿Y pechos?

—De primer orden.

—¡Qué ricos! ¿Y el dorso?

—Enorme; no podía usted pedirlo mayor ni más redondo.

—¿Elegante?

—Sí.

—¿Bien vestida?

—Como una reina.

—¡Oh, gran Dios!—exclamó Pez lleno de agradecimiento hacia la Providencia;—y dime; ¿dónde está esa joya?

—En el pasillo de la izquierda, la he dejado esperando.

D. Anacleto no quiso oir más y dejando a la confidente con la palabra en los labios, se dirigió hacia el sitio donde *la caprichosa* aguardaba. Y como la obscuridad era absoluta, D. Anacleto avanzó por entre las tinieblas extendiendo los brazos, para no romperse una mandíbula con algún mueble. De pronto su mano derecha, tropezó

con un cuerpo de mujer; un cuerpo alto y recio. que parecía temblar ligeramente.

—¿Es usted, verdad? — preguntó Pez, a quien no se le ocurrió otro modo más ingenioso de empezar la conversación.

La *misteriosa* repuso lacónicamente y en voz casi imperceptible:

—Sí.

—¿Cómo se llama usted?

—Claudia.

—¡Ah! ¡Qué buena ha sido usted resolviéndose a venir a esta cita tan loca.

—Yo no soy buena; hemos quedado en que las personas de talento no son buenas.,.

—Si no, raras.

—Perfectamente; y a título de raros estamos los dos aquí.

Todo esto lo decía callando y con un marcadísimo acento andaluz. D. Anacleto la cogió por una mano y paso a pasito la condujo a un gabinete con alcoba que él había tenido la precaución de reconocer previamente para luego no titubear acerca de la exacta disposición de los muebles. Claudia y Pez se sentaron, ella en un diván, él a su lado, sobre un sillón, y se hallaban tan cerca el uno del otro, que desde el primer momento sus rodillas estuvieron en apretadas y calientes relaciones.

D. Anacleto, deseando apresurar lo más posible la voluptuosa conquista, cogió las



manos de la joven para besarlas cuando el interés apasionado de la conversación lo demandase, y aún se propasó a intentar otras caricias de nueva exploración y tanteo. Y de estos ligeros examenes dedujo que Claudia tenía las manos lindísimas y los brazos mejor torneados y los muslos más gruesos y las nalgas más turgentes que ninguna otra mujer.

Como es lógico que sucediese. Pez era quien hablaba, desplegando en batalla sus argumentos conquistadores; y Claudia callaba prudentemente o cuando más respondía con monosílabos, pero siempre en voz casi imperceptible.

Molestado por aquel silencio D. Anacleto preguntaba a cada momento:

—¿Por qué no habla usted alto?

—Tengo miedo.

—¿A qué?

—A que nos oigan.

—No lo crea usted; estamos solos, en una habitación de la que, únicamente usted, es dueña.

—No importa; siempre puede haber por ahí cerca algún oído indiscreto interesado en escucharnos. Además, el silencio, como la obscuridad, contribuye a acrecentar el encanto misterioso de nuestra cita. ¿No cree usted lo mismo?

—Sin duda alguna.

Continuaron hablando y momento lleg

en que D. Anacleto se puso completamente loco y con la vitalidad pujante.

—Te adoro—decía.

—¡Ah, no lo creo!

—¿Por qué?

—Todos los hombres aseguráis lo mismo y luego...

—¿Qué?

—Es mentira.

—¿Crees que mi corazón no te desea ardientemente?

—Lo dudo.

Furioso contra aquellas dudas que retardaban el logro de sus propósitos, D. Anacleto perdió los estribos, y cogiendo a Claudia por un brazo la obligó a ponerle una mano encima de su alborotado corazón. La joven, en vez de enfadarse, le dejó hacer y pudo comprobar los fuertes latidos de su enamorado pecho que era fuerte y exhuberante y muy viril.

—¿Y esto—repuso D. Anacleto—es también mentira?

La joven repuso con acento emocionado y en el que había un eco de compasión:

—No, Pez; esto no es una ilusión; es una realidad.

—¡Vida mía!

—Anacleto...

—¡Alma de mi alma!... ¡Calor de mi sangre!... ¡Jugo de mis huesos!...

—Me vuelves loca...



—Toma un beso.

—Dame...

—¡Toma mis labios!

—¡Oh, qué buenos son!...

Sin esperar a más, Pez cogió a la joven, la sentó sobre sus piernas sin que ella opusiese la menor resistencia, y deslizándola una mano por su esbelto cuerpo dió principio a un sabio y diabólico tecleo que sacaban de quicio a la joven..

Las pomposidades eran hermosísimas, de piel muy suave y de carne muy dura, las piernas esculturales, tibias y por sus dimensiones, indicaban una belleza de líneas incomparables capaces de levantar el ánimo a un capón-

Comenzaron a acariciarse; ella era muy mimosa y sabía pronunciarse magistralmente. Por lo demás, sus labios de puro carmín, se contraían de modo que parecían morder los febricitantes y temblorosos que en aquel momento a los suyos besaban frenéticos, lo que permitió a D. Anacleto gozar extraordinariamente.

¡Y a todo esto en tinieblas!

Molestado por tanta obscuridad, Pez quiso encender luz. Pero ella se opuso y él, a fuer de cortés caballero, cedió de su deseo.

—¿No estás satisfecho de mí?—preguntó ella.

—Sí.

—¿No te gustan mis piernas, mis caricias, mis pechos, mi gracejo?

—Locamente.

—Pues, entonces, sigamos como hasta aquí. No olvides, artista, que la realidad siempre es un poco grosera y que ante su choque brutal nuestros ensueños suelen quedar malparados.

Después y previa la seguridad que Don Anacleto la reiteró de no encender luz, la joven se aligeró completamente de ropa.

—Abrázame—dijo—soy tuya; dispon de mi cuerpo como quieras.

D. Anacleto brincó de júbilo, se sentó en una silla e hizo que Claudia se sentase a horcajadas sobre sus piernas. Ella le enlazó el cuello con sus brazos, prodigandole todo género de caricias y mimos, perversa y lentamente. El estrujaba entre sus brazos a la joven, y mientras sus labios la besaban la boca, el cuello y cuanto besable encontraban, sus manos apretujaban sus esplendideces ricas y magníficas y sus dedos tecleaban a lo largo del esbelto y aterciopelado dorso. Ultimamente, la dirigió queda y amorosamente un derroche de palabras dulces.

—Cariño mío...

—Mi vida...

—Toma mi sangre...

—Corazón.

—Eres más rica que el arrope.



—Y tú más sabroso que el merengue.

También aquella explosión de amor fué superiormente exquisita. Acabado este segundo asalto D. Anacleto, que era un juguetón incansable que siempre andaba inventando tonterías afrodisiacas, colocó a Claudia boca arriba en el filo de la otomana y él se sentó en una silla delante de ella, de suerte que el precioso cuerpo de la joven descansaba sobre el mullido muelle y una vez así en tan cómoda postura recibió del fogoso enamorado una verdadera declaración de amor.

Cuando Claudia se compuso para marcharse, D. Anacleto quiso verla la cara. Ella se opuso.

—Por ahora—dijo—quédate con la curiosidad; así la intensidad de las emociones que esta noche experimentaste será mayor, porque creerás que todo esto fué algo soñado, quimérico. Otra noche me descubriré a tí.

D. Anacleto se resignó y ella, después de obligarle a jurar que no la seguiría, se marchó sola. Quedaron en reunirse allí mismo y a la misma hora, tres días después.



## II

Cuando D. Anacleto Pez volvió a su casa, Asunción parecía dormir profundamente. Con el ruído que Pez hacía para desnudarse, la joven despertó.

—¿Qué hora es?—dijo.

—Van a dar las tres.

En realidad eran más de las cuatro y media. Ella no replicó palabra y Pez, por muy pez que fuese, se durmió sin sospechar que la mujer con quien acababa de declararse... ¡era la suya!

La historia de tan novelesco enredo, es sencilla;

Asunción, deseando convencerse por sí misma de las infidelidades de su esposo, escribió las dos cartas que ya conoce el lector. Después, una vez dentro de la habitación y sintiéndose acariciada y besuqueada por D. Anacleto, experimentó anhelos repentinos y vehementes de echar un parrafito; y como Pez, excitado por la novedad de la aventura, la demostró un vigor a que las pobrecitas casadas no están acostumbradas, y la mimó y besó con tanto donaire, la joven cayó en la dulce tenta-

ción de volver a pasar una noche como aquella, aunque sin perjuicio de armarle al infiel un escandalo a su debido tiempo.

«Más adelante — pensó — reñiré con él; por ahora gocemos del bienestar que se nos viene a la mano.»

Pero tres días suelen traer para los artistas en boga muchas novedades. Así resultó que cuando llegó la noche señalada para la segunda cita, D. Anacleto comprendió que no podía acudir al *rendez-vous*, porque, precisamente a la misma hora, otra mujer, una novísima conquista, le esperaba.

«¿Qué hago— pensaba D. Anacleto según iba andando por la calle; — Claudia es una hembra morrocotuda con la que todavía no quisiera reñir, pero la otra es «nueva,» y ésto solo basta para darla sobre su antecesora una inmensa ventaja.»

¿Cómo dividirse? ¿Cómo querer a la segunda sin exponerse a perder la estimación de la primera? Porque era probable que si no acudía a la cita de Claudia, ésta, creyéndose despreciada, no volviese a escribirle, en cuyo caso tendría que darla por irremisiblemente perdida.

En estas cábalas iba abstraído el gran escritor y tenorio D. Anacleto Pez, cuando la suerte le puso delante con su amigo Romualdo, que tenía su misma estatura,



su misma corpulencia, y que también usaba como él, perilla y bigote.

D. Anacleto, pensando que, a obscuras, aquel hombre podía substituirle, le explicó suscintamente de lo que se trataba.

«Claudia me espera— dijo — pero Mimí, una francesita que esta noche debuta en el *Teatro Cachondo*, también me aguarda, y no quiero perderla, Así, pues. substitúyeme al lado de Claudia, háblala representando mi papel, procura convencerla de que te llamas Anacleto y no Romualdo, y procura festejarla y acariciarla todo lo más que puedas, que no te pesará.

¡Pobre Pez!...

Pobre, sí; porque mientras él pretendía a una cupletista francesa que no valía dos reales de avellanas, Romualdo besuqueaba de lo lindo a Asunción.

¿Cómo dar aquí una explicación clara y suscinta, de los numerosos y variadísimos estados de alma porque el espíritu de la joven, que no era una adúltera vulgar pasó durante aquellas horas.

Como Romualdo hablaba muy bajito para evitar que ella le conociese por la voz, Asunción no cayó en la cuenta del engaño de que era objeto. Romualdo, deseando *legalizar* su personalidad lo mejor posible, puso buen cuidado, desde el primer momento, en hacer alusiones frecuentes a las

impresiones que ella le había hecho experimentar la noche en que se conocieron.

—¡Qué rica estabas!—decía.

—¿Te gusté mucho?—preguntó la joven.

—Muchísimo. Tu volúmen, sobre todo, tu volúmen y tus labios dulcísimos, han dejado en mi memoria recuerdos imborrables.

—¡Embusterón!

—Palabra de honor.

—¿A cuántas mujeres has jurado lo mismo?

—A ninguna. Y cuando pienso que mis manos han acariciado tus carnes, me las llevo a los labios.

Asunción preguntó de pronto:

—¿Usted es casado, verdad?

Romualdo vaciló un instante, pero luego repuso con aplomo admirable:

—No, preciosa; soy soltero; aborrezco el matrimonio; yo nunca sería capáz de casarme. ¡Oh, la libertad!...

Asunción pensaba:

«En mi vida he visto un tío más cínico ni más sinvergüenza que éste. En cuanto me alargue el primer abrazo, le descubro la verdad y le echo el carro encima.»

Romualdo la dió un achuchón y empezó a besarla los ojos y el rostro, llegando hasta los ricos labios más rojos que la grana, que olían a esencias de violetas y de helio tropoblanco; luego la inclinó el busto arrogante y sus labios la recorrieron la deliciosa nuca, los ricitos flotantes, las orejitas de tacto suave y aterciopelado y las sinuosidades íntimas, acariciándola también el seno y aquella parte más interna y secreta del corazón.



Asunción, trastornada por tantas caricias, quebraba el talle y se abría de brazos como solicitando alguna caricia desacostumbrada y ardiente.

Romualdo murmuró;

—¿Quieres que te dé besos en los labios?

—Lo que gustes.

—Y mientras disfruto de tus labios, con una mano te acariciaré los mofletes y con la otra el talle esbelto. ¿Consientes?

Ella balbuceaba, desfallecida:

—Sí... sí... sí...

Comenzaron a besar. Ya la fascinación de Romualdo había penetrado completamente en el riquísimo pecho de Asunción, ya la joven sentía que las manos perversas de su adorador le azotaban los muslos y que su pulso latía con las palpitaciones del deleite que iba aumentando, cuando Romualdo, perdida toda su paciencia y ardiendo en pasión, exclamó con su voz natural:

—¡Claudia... Claudia de mi alma!... ¡Qué rica eres!... ¡Toma, toma vida! ..

Ella se extremeció de terror, porque aca-

baba de comprender que el hombre que tenía al lado, no era su marido.

¿Pero qué hacer ya? ¿Acaso, el mal no estaba consumado?

«Besemos, por ahora—pensó—y después haremos lo que más convenga.»

Como Romualdo era un buen macho cuya vigorosa energía amorosa resistía muchos ataques, Asunción acabó por congratularse de su primera resolución.

«Después de todo—pensó la joven—nada hay perdido—puesto que este hombre, que nunca ha de saber quien soy yo, es limpio, vigoroso y se expresa bastante mejor que mi Anacleto.»

Así terminaron aquella sesión cariñosa y altamente afrodisiaca.

—Necesito — repuso Romualdo — algo raro.

—Pide.

—Se me ocurre una novedad...

—Dilo, bien mío... porque deseo que goces mucho conmigo.

El dijo:

—Levántate.

Ella obedeció. Romualdo prosiguió:

—Vamos a ponernos de pie, el uno detrás del otro y tu delante de mí.

—Bueno.

—Yo con mis cariñosos brazos te cojo fuertemente por la cintura.

—¡Ah, ya!



—Y una vez así, con tu lindo rostro vuelto hacia mi, amoroso y sonriente, echas a andar muy despacito y estoy seguro de que tus labios de coral al sentir el calor de los míos ardientes y enamorados te proporcionarán un inefable bienestar y dulce laxitud.

Ella accedió y comenzaron a dar aquel paseo original y dulcísimo. Asunción caminaba poco a poco, balanceando el caderamen y él la seguía anhelante, moviendo el cuerpo jadeante y sudoroso, y llevándola cogida por el talle flexible y cimbreante. La emoción, según Romualdo había previsto, fué agradabilísimo.

—Mi vida... cachondona de mi alma...

Asunción también estaba agradecida.

—Cariño... que guapo eres...

Cuando estuvieron dispuestos para marcharse, Romualdo quiso acompañarla pero ella se opuso.

—Todavía no—dijo:—otra noche.

—¿Cuando?

—Pasado mañana.

—Como quieras. ¡Pero por Dios, no faltes!

—No faltaré. Adios.

—Adios, bien mío; que no me olvides. Pero Romualdo era un «bonito» muchacho mas «trucha» que Pez, y menos esclavo que éste de sus juramentos, así fué que apenas Asunción salió cuando echó tras ella, y siguiéndola a distancia hasta su

casa, supo dónde vivía y luego, por el sereno, con quién estuvo bebiendo unas copas, averiguó que se llamaba Asunción y que estaba casada.

Al día siguiente, Romualdo y D. Anacleto se vieron en el café, y ambos se apresuraron a cambiar impresiones.

—¿Qué tal tu francesita?—interrogó Romualdo.

—Deliciosa.

—¿La diste mucha coba?

—No; porque después de echarla un párrafo regular, le dije que no me gustaba perder el tiempo en tonterías y satisfizo mi deseo perfectamente. ¿Y tú?

—Espatarrante, chico; tiene un mapamundi admirable.

Enseguida Romualdo, que no sabía donde vivía Anacleto ni el nombre de su mujer, cometió la indiscreción de decir:

—¡Ah! Por cierto, querido, que tu admiradora te ha tomado el pelo.

—¿Como?

—Que te ha engañado, pues no se llama Claudia.

—¿No?

—No. señor.

—¿Te lo dijo ella?

—Me lo dijo el sereno de su calle.

—¿Entonces te dió permiso para que la acompañases a su casa?



—¡Quiá, de ningún modo! Ese permiso me lo tomé yo.

—¡Qué canalla! ¿Y fuiste capaz de faltar a tu palabra?

—¡Naturalmente! ¿Tu crees que todos somos tan sandios caballeros como tú?

—Sin embargo... el respeto que toda mujer merece... especialmente si ha tenido la condescendencia de ablandarse con nosotros...

—Todo eso son tonterías y armas al hombro.

—Bueno y, ¿como se llama nuestra querida?

—Asunción.

Al oir este nombre una densa nube de desconfianza y de terror, nubló la frente de D. Anacleto Pez.

—¿Asunción, dices?—repitió—¿y el apellido?

—No supo decírmelo el sereno.

—¿Donde vive?

—En la calle de....., número.....

Entonces el infortunado D. Anacleto, ya no pudo dudar, La mujer a quien, gracias a su oficiosidad estúpida, Romualdo había dado el abrazo, ¡era su esposa!

El pobre hombre sintió que todo el café daba vueltas a su alrededor, y tuvo que apoyarse de codos sobre la mesa y cerrar los ojos, para no caer al suelo. ¡Romualdo que estaba muy lejor de sospechar el daño

que había hecho, exclamó lleno de emoción amistosa:

—¿Qué... qué... tienes?..

—Poca cosa... déjame.

—¿Un vahído tal vez?

—Sí, sí...

—¡Báh, eso no es nada! Un poquito de debilidad, ¿comprendes? La locura de anoche. ¡Vaya, chico, me voy porque tengo que hacer¡ !Quédate con Dios!..

---

Aquella misma noche, hallándose de sobremesa, D. Anacleto, que quería a todo trance impedir que su amigo llegase a penetrar la verdad de lo ocurrido, dijo a Asunción.

—Desde mañana vas a dedicarte a buscar casa.

—¿Como? ¿Acaso no estamos bien aquí?

—No, señora.

Ella le miró sorprendida, sin comprender

—¿Por que?—preguntó.

—Porque...—repuso Pez tartamudeando y sin hallar una respuesta que justificase su decisión—porque... ¡que demontres! Porque huele a cuerno ¡Hemos acabado!

No hablaron más.

D. Anacleto nunca le ha dicho nada a su mujer acerca de aquel lance vergonzoso. Asunción tampoco se lo ha recordado...

Lo que no ha impedido que ella y Romnaldo hayan continuado adorándose a obscuras durante mucho tiempo.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

# COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

**La primera noche de amor**
**Suspiros tiernos**
**Fiebre de amor**
**La mujer del prójimo**

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bulliciosa de la juventud.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

# ¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

**Editorial AURORA.-Barcelona**